

LA MAR EN UN RINCÓN DE CASA

Manuel Maestro
Presidente de la Fundación Letras del Mar

*El coleccionismo no es el pan de la vida,
pero sí el vino que enciende nuestros recuerdos.*

M. M.



ACIENTE lector, al llegar a este punto hemos recorrido juntos un largo camino por el que, quienes gustamos del mar en la lejanía, transitamos por veredas que nos acercan a él mediante los ritos religiosos, la literatura, la música, la pintura, los tebeos o el cine. Y, para sentirlo cerca, muchos de nosotros no necesitamos ponernos calzado alguno para acudir al cine, a una galería de arte o sala de concierto. En cualquier momento del día, cuando sólo unas pantuflas cubren nuestros pies cansados, una simple mirada a la maqueta de una carabela situada en el corazón de nuestra librería nos conecta con la historia de los grandes descubrimientos; una metopa colgada en la pared de nuestro escritorio nos trae el recuerdo del primer destino a bordo de una fragata; o el paso de las páginas de un álbum de sellos, mientras conversamos con los hijos, nos transporta por mares que en su día surcamos, que anhelamos conocer o sobre los que fabulamos historias no vividas. Son objetos de lo más variopinto que, con mayor o menor intensidad, hemos ido atesorando a lo largo de nuestra vida, para encerrar nuestros recuerdos e ilusiones entre cuatro paredes.

Bebés de barco

Del amplio muestrario que iremos desplegando, el modelismo naval es, sin duda, la faceta que más contribuye no sólo a este acercamiento, sino a promover un importante número de vocaciones marineras. Se trata de un fenómeno dinámico en el que el coleccionista se ve involucrado no sólo en el almacenamiento, sino en muchas ocasiones en la construcción de estas miniaturas: pudiendo ir más lejos en nuestras ansias de mar, con los prototipos a escala



idóneos para navegar, a vela o motor, en estanques e incluso en la bañera de casa. El buque, y por tanto su reproducción a escala, es una obra de arte en sus líneas y sus formas; es una escultura, en ocasiones con vida propia, un escaparate de manifestaciones, unas veces en sí mismo, en lo que lleva, y otras en lo que inspira.

Los primeros vestigios de modelismo naval los tenemos en el antiguo Egipto, y tuvo su mayor desarrollo con la gente marinera que quería conservar un recuerdo de su barco, u ofrecérselo a la Virgen o Santo de su devoción, como exvoto, en acción de gracias por la ayuda que le había prestado ante algún peligro de la mar. Los conocidos como de astillero eran un complemento o alternativa a los planos necesarios para la construcción de las naves a tamaño real, de los que un número importante se exhibe en nuestros museos navales y marítimos.

A bordo de los barcos, durante las largas travesías, los marineros ocupaban parte de su ocio en este menester, pero como tenían poco espacio para guardar piezas tan frágiles, de tal escasez surgió la ingeniosa idea de introducir pequeños modelos en botellas, con lo que nació una especialidad muy extendida, que trascendió los ámbitos marinos pasando a ser una actividad de ocio entre personas de todas las latitudes.

Primero con planos extraídos de museos y dependencias marítimas, y en la actualidad mediante la compra de cajas o fascículos, que contienen todo tipo de piezas e instrucciones, numerosos aficionados construyen sus propias naves que, poco a poco, van invadiendo los rincones de los hogares, convirtiéndolos en puertos ubicados en las costas de Liliput.

Cuanto más añejas mejor

El interés tanto por las antigüedades como por los objetos e instrumentos y su coleccionismo sigue un desarrollo ascendente. La doble dimensión cultural y económica de pinturas, esculturas, muebles y utensilios de todo tipo tiene una doble utilidad en su vertiente para el disfrute y en la económica, ya que son auténticos valores refugio para sus poseedores.

Los coleccionistas se marcan pautas de especialización en las obras que van acumulando, bien por sectores, tipos de objetos o temática de los mismos. El coleccionismo de antigüedades y objetos náuticos está tan extendido como parcelado, tanto en lo que respecta a la demanda como en la oferta, ya que existen numerosos establecimientos especializados en este tipo de objetos. Los cuadros de marinas, o los libros antiguos, de los que hablamos extensamente en trabajos anteriores, tienen buena acogida en galerías de arte, librerías de lance o salas de subastas.

El mundo de los instrumentos náuticos para colección está muy condicionado tanto a gustos y preferencias como a posibilidades económicas y de espacio, ya que tenemos una amplia gama, que va desde piezas pequeñas,



TEMAS GENERALES

como pueden ser los cronómetros, hasta pesadas anclas. Los referidos a la navegación tienen gran número de adeptos, como cartas, portulanos, relojes, agujas, bitácoras, timones, astrolabios y sextantes. También los necesarios para la maniobra, sobre todo a vela, como campanas, motones o cabos con los clásicos nudos, de los que el álbum del marqués de la Victoria es un magnífico muestrario. El mobiliario de a bordo ha marcado una línea en la producción de los muebles conocidos como de estilo barco, entre los que los escritorios, sillones, librerías y camas son muy populares. De los componentes de una nave, el ancla es el más difundido, ya que su figura ha pasado a ser el símbolo de las marinas y síntesis del quehacer naval, por lo que, si bien su coleccionismo precisa grandes espacios, sin embargo existe una gran demanda.

Cultura marítima e inversión por excelencia

La filatelia surgió, prácticamente, con el nacimiento del primer sello postal adhesivo, el Penny Black inglés, puesto en circulación el 6 de mayo de 1840. La imagen que aparece en el mismo es la de la reina Victoria, similar en su composición a la efigie de nuestra Isabel II, que se plasmaría diez años después en el primer sello español: el Seis Cuartos Negro. A partir de este momento se multiplicaron los coleccionistas de estas estampillas hasta superar el número de los treinta millones que existen en la actualidad, atraídos por un elemento formidable de difusión de la cultura, a la par que por un valor financiero de primera calidad: (si corremos un tupido velo sobre Afinsa y Fórum Filatélico).

Como en todo tipo de coleccionismo deben fijarse criterios de selección, bien con carácter cronológico, geográfico o temático, siendo este último el que está más de moda entre muchos filatélicos. El mar y su entorno tienen muchos seguidores, y nosotros en España tenemos buenos expertos en el tema, como el capitán de navío Marcelino González que, conociendo todo sobre la especialidad, mes a mes nos sorprende en las páginas de esta REVISTA con artículos que relacionan cualquier efemérides marítima, nacional o internacional con su reflejo en la filatelia.

Aquí tuvimos que esperar hasta 1926 para que apareciese el primer sello en el que figurase el mar como telón de fondo del vuelo del *Plus Ultra*; y tres años después la imagen de un navío fue el tema de un sello de un céntimo emitido con ocasión de las exposiciones de Sevilla y Barcelona. Barcos, marinos, manifestaciones deportivas y epopeyas marítimas fueron, a partir de este momento, motivos recurrentes de nuestras estampillas de correos, al igual que en la actualidad lo son para las etiquetas postales.

Muy en paralelo encontramos a la numismática. La emisión de monedas y billetes suele aprovecharse por las autoridades monetarias, aunque sin la asiduidad ni variedad que el caso merece, a temas idénticos a los de los sellos.

Considerado este coleccionismo como inversión, tiene una de las mayores perspectivas de desarrollo: se sobreentiende de billetes fuera de circulación, aunque a los que coleccionan euros de 500 tampoco les va nada mal.

Y muy interrelacionadas con estas piezas tenemos las medallas o monedas conmemorativas, como indistintamente se las conoce. Usadas en los ámbitos marítimos, fundamentalmente, por instituciones y empresas tanto como muestra de reconocimiento a visitantes, clientes, colaboradores o participantes en ferias y eventos como para distinciones a personas relacionadas con las actividades de la mar, o premios en regatas y competiciones náuticas. Las medallas que emite anualmente el Salón Náutico de Barcelona son una buena muestra de este tipo de colecciones.

En los mercados como el filatélico y numismático, que todos los domingos se celebra en la plaza Mayor de Madrid, no es raro encontrar a quien busca afanosamente acciones de compañías navieras, conocimientos de embarque, pólizas de seguro de buques y los más variopintos documentos relacionados con la actividad marítima.

Lo pequeño es bello

A los sellos muy pronto le siguieron las tarjetas postales, que se convirtieron en excelente medio de comunicación; pero que hoy han pasado al rincón del coleccionista, empujadas por la fuerza de la telefonía.

El austriaco Hermann está considerado su inventor, al proponer en 1869 un nuevo efecto consistente en una cartulina con texto abierto y franqueo reducido. El medio tuvo mucha aceptación, y tres años más tarde circulaba por toda Europa y Estados Unidos, generalizándose en 1878 su uso por la Unión Postal Internacional. En 1871 el Gobierno español dictó unas normas para su puesta en circulación, pero hasta 1873 no apareció la tarjeta oficial, quedando prohibidas las privadas. En los dos años siguientes, la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre emitió más de tres millones, lo que patentiza su éxito inicial.

En 1892, al levantarse la prohibición, Hauser y Menet introdujo en nuestro país la tarjeta ilustrada, utilizando fotografías reproducidas mediante la técnica de la fototipia, cuyos temas eran fundamentalmente geográficos o de vistas; pero también eran corrientes las de dibujos, humorísticas, caricaturas, retratos de personajes. Dentro de una enorme variedad, muy pronto se fueron haciendo hueco las relacionadas con el mar, que han ido sumando gran número de adeptos; sobre todo las de barcos, tanto de guerra como mercantes, tanto españoles como extranjeros, las vistas de puertos y playas, los retratos de marinos famosos y un largo etcétera. Las que reproducían la imagen coloreada del marinero mirando acaramelado a su pareja batieron todos los récords de ventas en los estancos próximos a los cuarteles de instrucción.



Al miniaturismo militar, o coleccionismo de soldados de plomo, le ocurre lo que al modelismo, ya que los aficionados pueden simplemente recopilar o también dedicarse a la construcción de estas figuritas. Para esto último necesitarán construir o comprar un molde, fundir el metal y rematar la pieza, pintándola, para darle el mayor parecido con el original.

La reproducción de conocidos personajes históricos mediante estas pequeñas obras de arte suscitó la atención de quienes se veían representados en ellas, a la vez de forma tan minúscula como grande era su orgullo y ambición:

reyes, almirantes y nobles eran replicados en plomo. Y muy pronto pasaron a ser juguetes para niños y mayores que, con soldados y marineros, montaban grandes batallas sobre el suelo de los salones de casas y palacios. Luis de Francia poseía una colección de trescientos soldados en miniatura, que alojaba dentro de un barco de plata. Similares gustos tuvieron el rey Sol, Napoleón o Alfonso XIII.

Al divulgarse la idea de su toxicidad, quedaron prohibidos como instrumento de juego y hoy son solamente objetos de colección. No abundan marinos y marineros entre estas piezas, si bien nuestro Museo Naval tiene varias colecciones espléndidas, como la que impulsó el almirante Martínez-Valverde, que es una galería de los uniformes de Marina a través de la Historia de España.

Bronce y papel en las paredes

Pocas viviendas o despachos de marino habrá en las que, como recuerdo de buques o dependencias en los que se ha estado destinado, no ocupe un lugar preferente alguna metopa. Año a año, en paralelo con carrera y ascensos, irán invadiendo las habitaciones y pasillos de la casa; y lo mismo ocurrirá en las cámaras de los barcos, en donde tienen un significado similar al de los banderines que intercambian los equipos de fútbol, cuando se realizan visitas de protocolo a navíos o a puertos nacionales y extranjeros. El fenómeno se ha extendido también entre profanos, naciendo un tipo muy *sui géneris* de coleccionismo.



El origen de la metopa —escudo fundido fundamentalmente en bronce y fijado a una panoplia de madera— viene de los tapones que llevan los cañones de las naves para evitar que el agua penetre en sus bocas. Hace años solían tener grabado el escudo nacional, el del buque u otro alegórico, y cuando quedaban fuera de servicio empezaron a usarse en las cámaras de oficiales como elementos decorativos. Posteriormente, como objeto de recuerdo protocolario, se montaron reproducciones sobre madera. La idea no solo caló en la Armada, sino también en los otros ejércitos, y de aquí se fue extendiendo a clubes náuticos, asociaciones, instituciones y empresas relacionadas con la mar.

El coleccionismo de carteles se ha extendido por todo el mundo, contando con miles de seguidores que buscan afanosamente los de publicidad de marcas, de carácter político, o los anunciadores de espectáculos cinematográficos o taurinos. Se trata de una extraordinaria herramienta publicitaria, que en muchas ocasiones constituye auténticas obras de arte, siendo muy utilizada en la época de los grandes viajes trasatlánticos. Las imágenes estáticas de los paquebotes eran capaces de conseguir que el viajero cruzase el horizonte antes de subir a bordo. Tenían una gran potencia para trasladarte a los destinos

TEMAS GENERALES

más lejanos o cargados de exotismo. Los primeros carteles marítimos aparecieron a mediados del siglo XIX, en la época de desarrollo de las grandes compañías de navegación europeas. Las fundaciones de la Cunard o de la Hamburg America Line estuvieron acompañadas de campañas de lanzamiento, cuya base fue este medio publicitario. Pero su auge se encuentra entre el último cuarto de ese siglo y el comienzo de la Primera Guerra Mundial, momento en el que la Compañía Trasatlántica Española comenzó a promocionar, intensamente, sus líneas de viajeros y mercancías entre España, el continente americano y las islas Filipinas a través de este tipo de reclamos.

El abanico de posibilidades que tiene el coleccionismo en torno al mar es amplísimo y no hemos hecho más que un breve recorrido por algunas de sus principales facetas. Espectro que va desde los grandes mascarones o piezas de artillería a uniformes o partes específicas de los mismos, como pueden ser charreteras, galones o insignias, condecoraciones, gorras e incluso cintas de lepanto o botones de ancla, que son objetos codiciados por algunos inocentes viciosos que se mueven con profesionalidad por anticuarios, tiendas de coleccionismo o rastros y palacios de las pulgas, con el sano afán de convertir sus casas o despachos en pequeños *sancta sanctorum* de la cultura marinera, de la que nuestros museos navales y marítimos son auténticas catedrales.

